

esta beldad, hallábanse atestados de gentes; las escaleras en festival nocturno brillaban bajo torrentes de luz, realzadísimas por la subida de parejas á cual más ataviada y elegante; lucían sobre las chimeneas los espejos de Venecia y ante los espejos de Venecia, las proclamas de Sajonia y de Sevres; blancas mullidas alfombras, se prestaban á que los pies movidos por el baile, las hollasen como huellan las espumas los pies de las nereidas; cual si aun estuviera Trianón abierto y reinando Antonieta, los cuadros de Wateau pendían de las paredes; las sedas de Lyon y las tapicerías de Gobelinos alternaban preciosas con las pinturas; á un lado se veía el clavicordio hecho con palo de rosa y al otro lado el arpa, semejante á una condensación de luz por sus áureos marcos y sus áureas cuerdas; los casacones recordaban á Versalles y los tocados á madame Pompadour y madame Dubarry, como si aun estuviera en el trono Luis XV, y la corte aquella generadora de la revolución ésta, en sus escandalosas orgías. Imaginaos cuál vértigo sufriría el general agasajado y encarecido entre aquellos torrentes de luz y de armonía, recordando las viejas costumbres de que se hallaba tan prendado y trayendo á su gloriosa presencia como por una evocación mágica, las viejas instituciones. Todo era en torno suyo regocijo, cuando surge de pronto una sombra que parecía despedida por el averno, suspendiendo aquel baile y petrificando de horror aquella gente. Con efecto, la sombra era Marat, huído á su antro y presente á la fiesta por haberle dicho que allí se maquinaba una restauración monárquica. Desde que llegó á los alrededores del palacio de la Candelle, comenzaron sus acres reconveniones á las personas; sus tremendas censuras de los hechos; arengó la multitud, diciéndole que llevaba la idolatría monárquica en sus venas; hizo callar las músicas y los músicos profiriendo maullidos de tigre; se revolvió contra Santerre comandante de la milicia nacional y le dijo, que su presencia en aquel sitio, era una traición á la República; llamó cortesanos á los caballeros y cortesanas á las mujeres; hasta que frente á frente de Dumouriez, le maldijo con incoherencias de loco y con estremecimientos de epiléptico, por haber impuesto según su deber la disciplina y el orden á los bisoños voluntarios parisienses, creídos de que iban al campamento como á un club y de que podían discutirlo y hacerlo todo, como si las tropas fuesen manadas de jacobinos. Imagináos el efecto que produciría sobre aquella reunión, la presencia del sapo misterioso, en cuya realidad muchos no creían aún, imaginándolo hechura fantástica de un desarreglo social nervioso. Su pañuelo asquerosísimo en la tiñosa cabeza, su frente comida de pupas como la frente de Tiberio, sus ojos de buho, su nariz semejante al pico de un ave carnífera, sus desmesuradas orejas, su boca de hiena, sus nervios de neurótico, sus estremecimientos de poseído y endemoniado, la incoherencia de sus palabras, la insensatez de sus actos, aterraron á todo el mundo, hasta quedarse aquellos salones en abandono completo, como si hubieran recommenzado y readvenido, las terribles matanzas de Septiembre. Dumouriez le volvió la espalda, levantando con desprecio los hombros y yéndose con calma de su lado.

Pero al ver aquello, imaginó que sería muy pasajera y fugaz la proclamada República.

En estas circunstancias, y bajo estos auspicios, Francia ganó la batalla de Jemmapes, inicio y prólogo del heroico empeño por la rendición de Bélgica. Ningún principio de los universalmente admitidos aconsejaba un arresto de tal género. Las tropas austriacas eran los modelos perfectos de la vieja táctica; los franceses, el acarreo tumultuoso de una inundación que todo lo anegaba y cubría como el diluvio, pero que daban en juicio y concepto de los sabios, pocos resultados prácticos. Los generales austriacos defendían un Emperador, á quien veneraban como un Dios, y un Imperio, por el cual experimentaban el afecto de los fieles devotos por su templo; los generales franceses no creían en la República recién fundada contra su voluntad y contra sus consejos. Dumouriez burló el juramento prestable á la nueva forma de gobierno como pudo, ante la terrible Convención; y preguntado Custine qué gobierno prevalecería en Francia, respondió: «la Realeza», y qué Monarca tendría tal Realeza, respondió: «el Delfín». Ninguno de los que acercan y procuran la tierra prometida, puede conocerla y gozarla. Nadie creía en una buena salida de aquel empeño. Los jacobinos, entre cuyas manos cayera el Ministerio de las batallas, al empezarse la batalla en Bélgica, creían una demencia el heroico salvador intento. Las leyes frías del raciocinio seco no pueden aplicarse á las épocas de fe viva; los hombres calculadores y expertos no sirven para las edades genésicas de los milagros inverosímiles y absurdos. Todo se volvía contra los republicanos, hasta su propia cabeza. Cuando aquellos voluntarios de la libertad necesitaban inteligencias directoras en armonía con sus brazos audaces, cosechaban la indiferencia cuando no el odio de los mismos destinados á conducirlos al combate y al triunfo. Los papeles más brillantes se destinaron á los monárquicos más empecatados. Valence debió detener en el Mosa los recursos austriacos; Chartrier, príncipe de la sangre, debió mandar el centro; mientras el republicano Labourdonnais debía tomar ministerios tan lejanos que parecían alejarlo de las operaciones y someterlo á la inacción, á la inercia. Y con esto, no solamente malhirió á un héroe útil, dispersó las tropas francesas de manera que perdieron su mayor superioridad en tanto conflicto, á la superioridad enorme del número. Pudiendo contar con cien mil hombres, se redujo á cuarenta mil, equilibrando sus gentes con las gentes del contrario. Además pudo con suma facilidad impedir la conjunción del general enemigo Clairfarte con el generalísimo Sajonia; y los dejó unirse con facilidad en daño de su propia causa. Parecía querer su derrota, como esos infelices desesperados que anhelan el suicidio. Pasábale algo á Dumouriez con la estrategia nueva de lo que le pasaba con la política nueva; no comprendía la fuerza colectiva de un ejército republicano, cual no comprendía la virtud eficaz y la fuerza genésica de nuestra genésica forma. No había que separar las muchedumbres militares republicanas unas de otras, como no había que separarlas de la República madre. Así debían entrar en su dirección, más que la experiencia científica y el cálculo matemá-

tico, la fe viva, compañera del milagro absurdo. Y los principios militares, comunes á todos los ejércitos, tenían tal fuerza é inmanencia que cada oficial nuevo renovaba las leyes del honor tradicional antiguo; y cada recluta se modelaba sobre sus estoicos deberes y admitía la obediencia como un veterano, guardando las virtudes mejores de sus contrarios y completándolas con sus virtudes propias; la inspiración y el entusiasmo. Entre las batallas de Valmy, empresa inmortal, y de Jemmapes, no menos inmortal empresa, el valor se había conservado idéntico así en el ejército francés; pero habían crecido por una manera notable aquellas virtudes, llamadas incompatibles con nuestra forma republicana, la disciplina y la obediencia. Esto aparecía tan evidente, que Dumouriez mismo, magüer su flaqueza republicana, escribía de su puño á la Convención arrogantisimo, el cuatro de Noviembre: «puedo aseguráros estaré para el quince allá en Bruselas y en Lieja para el veinte;» «Marró su profecía, dice Michelet, estuvo en Bruselas el catorce y en Lieja el veintiocho.» Lo peor del caso fué que la batalla comenzara por un revés. Los voluntarios belgas, sin encomendarse á Dios, ni al diablo, en su impaciencia de pelear por la libertad y por la patria; de cólera ciegos, arremetieron á una con sus enemigos; y estos enemigos, destacando los húsares húngaros, hicieronlos cien mil pedazos dejando sus cuerpos yertos esparcidos por aquellos terribles campos de lucha y de matanza. Por fortuna, el general pronto socorrió á los fugitivos, y salvó una gran parte sin desconcertar el grueso de sus tropas y sin permitir tal desastre, siempre reparado y oculto; dominar aquellas almas de los soldados entusiastas por la patria y por la libertad. Tras esto la táctica de los austriacos empezó á emplear disimulos propios de las trampas y de los señuelos usuales en las guerras. Fingiendo ser Jemmapes inexpugnable, comenzaron un repliegue, que indicaba su confianza especialísima en el sitio capital de la batalla. El general Courneville se asustó un poco á tal maniobra y aconsejó el repliegue de los nuestros para reforzar su moral, pues retrocediendo, quizás tomaran fuerzas para el ataque decisivo y el asalto pronto. Mas el general Dumouriez no se dejó prender en la trampa; todo lo contrario, tomólo por una prueba de honda debilidad en el enemigo y exclamó: «avancemos.»

Clayfart á todo precio deseaba meter los franceses en señuelo enredadísimo y Sajonia lavarse de la mancha impresa en su nombre y en el nombre de su archiduquesa por el desastre de Lila. Tal impaciencia tenía por este lavado de sangre que no escuchaba un sabio consejo de la prudencia: ó huir esta batalla por todos los caminos ó arremeter nocturnamente á los franceses anticipándose á sus furiosas arremetidas. Atacando primero, se ganaba mucho por aquel de que quien da primero, da dos veces. Pero Sajonia se creía un general de vieja táctica y no un general á la moderna táctica, por él considerada como una táctica de bandas y no como una táctica de príncipes. A su majestad cuadraba esperar; no acometer. Así fortificó la posición de Jemmapes como si fuera el trono de un Júpiter y aguardó á que la marea democrática se rompiera y estrellara á sus pies. La

Naturaleza y el arte cooperaron á la fabricación del inexpugnable reducto, verdadero fuerte levantado como un escollo inaccesible. La mirada del ejército republicano se fijó al comenzar la batalla en el imponente aspecto de la fortaleza, donde aguardaba el soberbio generalísimo su fulminante ataque. Levantábase tal centro en un semicírculo de colinas, á cuyos dos extremos, parecidos á los dos cuernos de una media luna, se veían dos aldeas: Cuesmes á la derecha y á la izquierda Jemmapes. Aunque la más fuerte aparecía ésta, no le iba en zaga la otra, y muy artificial, pero muy formidablemente fortificada por innumerables reductos, ciudadelas de un dificultoso acceso, de una imponente pesadumbre. No había más remedio que tomarlas á pecho descubierto, y aun tomadas por la República, encontrábanse tras sus líneas diez y nueve mil hombres, los cuales con semejantes salvaguardias aun podían pelear con verdadero coraje y vencer en incontrastable triunfo. Tan seguros debían hallarse los sitiados de la inexpugnable situación militar, que, teniendo Mons á su espalda, dejaron allí algunos soldados en descanso dentro de la grande y cómoda ciudad, para que acudiesen repuestos en caso de necesidad al ataque y defensa de sus posiciones. La inferioridad de Dumouriez se hallaba en que no le servía cosa el número, teniendo que hacerlo pasar en pequeñas porciones y cortos destacamentos para tomar con el trabajo de las subidas el repecho formidablemente defendido. Contra casas muy aspilleras, contra muros parecidos á muros de plaza fuerte, contra baterías coronadas por cañones vomitando estragos, que había que ir en columna cerrada, y aquellas columnas habían menester cada cual para sí un héroe á su frente, ofreciendo la vida y demandando la muerte. Además, Francia y la República no tenían por ninguna parte las espaldas seguras, mientras Austria y la Monarquía contaban en aquel momento con la colmena de Mons, donde podían recojer toda clase de recursos. Además los austriacos habían pasado la noche á su guisa en posiciones donde se les preservaba tanto de las inclemencias del tiempo como de las amenazas del enemigo: los franceses habían pasado la noche al relente, mal vestidos, mal alimentados, bajo nubes de otoño, sobre marismas de fiebre, ateridos, azotados por el clima, con la terrible situación de quien, hallándose abajo, debe subir á inaccesibles alturas, y todo en contra lo tiene, todo, menos su causa y su coraje, no contrastados por la humedad que calaba los huesos, por la niebla que ponía un paño fúnebre á los ojos, por las lagunas bituminosas, por el agua, por mil contrariedades como aflojaban sus fibras y destemplaban su sangre y afligían sus nervios, pues el cruce de los canales, y la incertidumbre del aluvión hacían que les faltasen hasta la tierra y les marease la fiojedad del terreno, por donde iban resbalándose y cayendo á cada paso. ¡Y cuál ejército el ejército contrario! Los brillantes húsares de Hungría, que, á la primera luz del alba mortecina, lucían sus uniformes celestes; los granaderos blancos del Austria, orgullosos aún con el renombre ganado en mil batallas, que aparejaban á ceñirse otro laurel más; aquellos croatas, parecidos á cosacos, llevando al húmedo centro

européo algo del Asia; por tal modo producían un raro conjunto que hubiese puesto miedo en el ánimo y espíritu de los más arrestados, y sólo sirvieron para excitar la ira francesa, y poner alas en el pie de las huestes republicanas, enardecidas por un entusiasmo delirante. Eran aquellas muchedumbres las mutuas organizaciones de dos ideas vivas; eran la imagen de dos mundos en guerra, el mundo de lo pasado que se iba y el mundo de lo porvenir que á más andar venía sobre los tiempos y los espacios en aquel espantoso conflicto.

Dos puntos capitales solicitaban el esfuerzo francés: la izquierda en que Jemmapes se alzaba, la derecha con su formidable cuesta erizada de fortalezas y reductos, como si fuese una ciudad fuerte, recién erigida por un Marte llegado adrede para defender al Austria. Mandaban el tropel destinado á Jemmapes el mariscal Ferrand y el destinado á la derecha su émulo, el general Bournonville. Como el puesto de mayor peligro aparecía el puesto de éste último, brindaron los generales con él á los soldados más bisoños, en quienes la experiencia se suplía con el entusiasmo; y entre los soldados más bisoños aquellos voluntarios de París, recién extraídos del horno de la capital y recién lanzados al estruendo de la guerra. Una designación de mando militar tomaba y revestía un gran carácter político. Dumouriez no creía en la República, y le preparaba la próxima sustitución de una Realeza más ó menos constitucional ó parlamentaria. En la inopía de candidatos hábiles para puesto, de suyo tan difícil, había soñado el general de la democracia con el duque de York, inglés, y con el duque de Brunswich, alemán, imaginaos cuánto y cómo le placería un verdadero candidato francés. Con efecto, el duque de Chartres, hijo mayor de Felipe Orleans, nieto de San Luis por ende; Borbón y muy Borbón; verdadero candidato á lo Guillermo de Orange, podía, no parado en barras, y con una conciencia y un espíritu sin escrúpulos, arremeter la empresa de una restauración y redorar la corona caída en los calabozos del Temple al fuego de los cañones disparados por la libertad y por la democracia en los desfiladeros de Jemmapes y de Valmy. Colocado en el centro, á la vera del general, quien le cedía las apariencias del combate para que obtuviera los honores del triunfo con abnegación verdadera de monárquico, podía poner los soldados de la República, sin saberlo y sin quererlo, enfrente y en contra de la misma República. No pudiendo ser Cromwell, por impedirselo el pandemium de la Convención; Dumouriez pensaba con seriedad en ser Mons, y se apercibía de grado, entre aquel universal entusiasmo, á encontrar los Oranges redivivos en la persona de los Orleans, traidores á todas las banderas y apóstatas de todas las causas. En las ocho de aquella triste mañana comenzó el ataque de Ferrand, ataque lánguido y desmayado, arrastrándose sin suceso de ninguna clase hasta las once, ó sean tres horas. Todo parecía suspenso, incierto, dudoso, cuando se le ocurrió al general disponer de un joven ayudante suyo, Thouvenot, quien, movido por la inspiración, pegó á sus compañeros la llama del entusiasmo vivaz en su pecho, y

radiante como el calor lumínico. Así, mientras su segundo cobraba mucho ánimo, y sabía comunicarlo á sus gentes, Dumouriez le dejaba su posición á él solo y corría desalado en pos de Boudeville, metido en una cuesta laberíntica, parado por ende, y con más propensiones al retroceso que al avance. Apareciendo transfigurado por la esperanza, en sitio de tanto peligro para su empresa, Dumouriez descargó una eléctrica corriente sobre aquellos que le seguían y que le aclamaban en toda la línea de batalla como jefe supremo é indiscutible. Al entusiasmo, sentido por cada cual dentro de sí mismo, se juntó el entusiasmo por un héroe verdadero, en cuya estrella sin eclipse y en cuyo genio sin desmayo, todos á una confiaban allí con suprema confianza. No fué maravilla, si apenas llegado, se habían rendido tres reductos inferiores de los enormes tenaces y numerosos que defendían la terrible posición, rival y compañera de la formidable posición levantada en Jemmapes. La suma de los asaltantes presentaba un grande interés. Formábase, por su mayor parte, con voluntarios, entre los cuales había un batallón jacobino y otro batallón girondino, emulando, como en las Asambleas y en los clubs; por lo mismo que querían por igual el triunfo, y tan dueños de sí bajo diluvios de metralla, y tan emperrados con presentarse cual veteranos ante las curtidas tropas de línea francesa que aguardaron, calada su bayoneta, al empuje de los húsares húngaros, descendidos á romperlos en bandas y tallarlos en fragmentos, y los ensartaron y vencieron, uniendo al delirio de la fe viva el esfuerzo de un militar de seso verdaderamente incomparable. Así hubo un momento en que la fuerza del combate llegó á las exageraciones del éxtasis; y cada soldado salió fuera de sí, experimentando por la República esa especie de ascensión mística que los enajenados sienten por sus arrobos y por sus deliquios. Mil veces, quien haya sentido esta especie de profundo deliquio con sus escalofríos nerviosos y sus sacudimientos epilépticos, habrá notado que los cuerpos toman alas y el centro de gravedad parece á nuestras cabezas subido en vez de hallarse bajo nuestros pies. Bien es verdad que cooperó mucho á este resultado el cántico sublime de la Marsllesa, entonado por coros de verdaderos héroes, unido al toque de las músicas, poniendo en tal tensión el entusiasmo que los cañoneros enemigos expiraron sobre sus piezas agotadas, los húsares húngaros huyeron al terror pánico, cual si hubiesen visto los diablos, y una parte de gente austriaca, muy considerable y numeroso, por gente austriaca, incontrastable de todo punto, se dió á huir, y no paró hasta Mons, inclinando á favor de los franceses, desde aquel supremo instante, la deseada victoria.

Ya no cabía duda tras hazaña tan brillante, del resultado final. A la derecha y á la izquierda volaban sobre un victorioso campo los soldados franceses, con otro esfuerzo al centro todo quedaba resuelto por el definitivo logro de tan glorioso triunfo para la democracia y para la libertad. Así trató y logró reunirse con su compañero y ayudante, á quien ya hemos conocido, Thouvenot, adelantado, y mucho, sobre la posición verdaderamente